

cón, en cuyo fondo luminoso se destacaba la silueta de una anciana que me enviaba besos, la pobrecita enferma que momentos antes me acariciaba y me bendecía, la mamá grande que no podía salir al aire y me contemplaba tras los vidrios.

—¡Adiós! (con la mano.)

—¡Adiós! (con el pañuelo.)

*
* * *

¡Qué amarga tristeza se apodera de mí cuando leo ese párrafo de gacetilla, ese amarillento recorte de periódico, en el que está mi nombre y el de mi fábula, y que una mano querida, la de mi madre, colocó entre las hojas de un libro de misa! Se le humedecían los ojos al leerlo y desde entonces nunca, nunca he visto un aplauso que me conmueva más por su ternura!



¡POBRE CEJUDO!

I

Pues no hubo modo. Todo estaba arreglado, me hicieron escribir unas cinco líneas en papel ministro. Se puso los lentes el amigo Robleda, leyó, me miró y me dijo: no es mala la letra, es clara, bien hecha. No hay faltas de ortografía. Pues amigo, agregó sentándose frente al bufete, parece que nos quedamos con usted. Ya sabe, son treinta pesos al mes, pero con esperanza de aumentar el sueldo si los negocios van bien, Voy a ver si no está ocupado el jefe y le hablaré desde luego. Un momento. Y Robleda se metió a la otra pieza.

Me sentía muy feliz en aquellos momentos, muy feliz. Rebozaba mi alma agradecimiento a ese espíritu protector que parecía haberme dicho al oído tal vez en sueños: Castroverde, ve en casa de Dollard,

Sevillón y Compañía. ¡Quién quita!... Y yo había ido y había contado mis apuros, porque sea dicho entre paréntesis, para eso de describir no soy tan malo, así es que hice una pintura casi exacta de una familia pobre, pero de antecesores decentes, eso sí, una familia que por causas que sería prólijo enumerar, cae en súbita pobreza... una señora honorable, pero enferma... unas niñas que pisan los dinteles de la juventud y un jefe de esta familia, un jefe al que no espanta el trabajo, un jefe que pide una torta de pan... yo. Creo que debo en mucho mi éxito a esta conmovedora arenga. Después del famoso... veremos, se hará lo posible; nuestro deseo es ayudar a usted en algo, y de dar vueltas, he aquí el resultado: parece que me voy a colocar; el sueldo es poco, pero en estos tiempos y a estas alturas ¡caracoles! viene al pelo.

Sentía que con el cambio probable de posición cambiaba en mí también el carácter. Los primeros días entraba humillado, abatido, sin hablar casi nada, con torpes movimientos. Ahora no, resucitaba en mí el aire, no orgulloso, pero sí digno que todos los Castroverde hemos tenido... Sentía expedita la lengua, me afluían ideas y no sólo me pasee en la pieza, sino que me asomé al patio por la puertecilla que señalaba una mano con el índice extendido hacia un letrero que decía "Despacho".

¡Qué colosal empresa la de Dollard, Sevillón y Compañía! Oía aquel patio a anís, a semillas, a Chile. Grandes tercios formaban una muralla colocados sobre vigas a una cuarta del suelo. Grandes cajones llenos de rótulos y ceñidos con cintas de fierro, guardaban sabe Dios cuántas riquezas, cristalería tal vez, porque abajo del letrero "Veracruz" se leía "Riesgo".

Yacían por tierra algunas ruedas colosales y no poca maquinaria desarmada. El patio era grande y apenas se podía andar por él; los bultos formaban ca-

llejuelas. Un perro enorme, con las orejas trémulas, los ojos brillantes y palpitante la nariz, alargaba el hocico hacia la calle, desesperado de no poder romper la cadena que lo ataba a su perrera.

¡Con qué gusto trabajaría en medio de aquel bullicio! ¡El ruido del dinero, el golpear de los desempacadores, la barahunda de la calle!

Y el primer mes mi recibo: "Recibí de los señores Dollard, Sevillón y Compañía (comisionistas) la cantidad de treinta pesos como sueldo a mis trabajos en el escritorio.

México... de 189... Eleuterio Castroverde."

Llegar a casa, refrendar los boletos de empeño, cenar... vivir... dormir... y sobre todo, alejar ese sello de tristeza de mi casa... mi pobre mujer, mis hijitas...

En esas entró el amigo Robleda... Adopté una postura conveniente y vílo sin parpadear...

—Conque, me dijo, vendrá usted el lunes desde las siete de la mañana...

—(Aparte.) ¡No me habían dicho que desde las ocho?

—Saldrá usted a la una para volver a las tres. Hará las cartas que se le encomienden en la mañana y dedicará usted la tarde a traducir la correspondencia del francés y del inglés, hasta las nueve de la noche.

—¿Traducir, señor? (con profundo respeto.) Me parece que de eso no habíamos hablado... Además, diré a usted... (tragando saliva.)

—¿No conoce usted idiomas?

—No, señor, desgraciadamente.

—Pues eso es malo, porque aquí (finísima sonrisa de lado) aquí nos urge una persona que posea el inglés y el francés. Entendía yo que usted sabría tanto uno como otro.

—No, señor, sé algo... (mintiendo descaradamente) pero es tan poco, que no creo...

—Pues lo siento... porque crea usted que hubiera querido favorecerlo... Pero (turbado) en fin, conserte que yo he hecho lo posible...

—Sí, señor Robleda, yo le estoy muy agradecido...

—Ya usted vé: en casas como ésta son indispensables. Diariamente se nos escribe de Londres, Estados Unidos, París, ¿eh?

—Pues señor, lo siento... pero de todos modos, agradezco...

—Adiós, señor Castroverde... (muy conmovido.)

—Adiós, señor Robleda.

—Ahora... si acaso...

—¿Decía usted? (con una corazonada.)

—Que si acaso encuentra usted alguien que sepa esos idiomas, me lo manda. Le encargo a usted un dependiente.

—¡No tenga usted cuidado!

No sé si quise llorar o blasfemar, pero sentía en el estómago una cosa muy fea... ¡Ah, desde el colegio lo pensaba... jamás me entró el inglés... tenía que suceder!

II

A la familia no le cogió de nuevo la desgracia quince de la lista de los planes frustrados de Castroverde. Vivían sabe Dios cómo y de qué. Ya eran los parientes, ya algún amigo compasivo, pero el caso es que no faltaba el desayuno cuando menos. Certo es que se había hecho una lenta mudanza de los muebles al Empeño y no quedaban en la sala más que cinco sillas, porque la que completaba la media docena estaba inservible; una cómoda, mitad ropero,

mitad altar, y la mesa del centro, en la que se servía la comida; las camas, dos roperos y los trastos de cocina. Y a pesar de pobreza tanta, en medio de aquella situación, la familia no olvidaba sus orígenes; guardaba vivo el recuerdo de su abolengo y no descendía a codearse con la ordinaria vecindad ni a adoptar las costumbres de la gente sin vergüenza y sin blanca.

Las niñas Elena y Emelina no habían perdido su belleza a pesar de las privaciones: una de diez y ocho y otra de veintiún años, llamaban la atención del barrio. Pero Castroverde y la señora, que no eran tan tontos como parecían, cuidaban de las doncellas tanto como de su vida... porque el primer peldaño de muchas caídas es la arranquera; y el vicio, que a todas partes entra, tiene particular predilección por lo que se halla escaso de dineros.

Así es que a aquella casa raras eran las visitas que acudían y todas formales. Pero he aquí que entra en escena un sujeto: un militar, el amigo Cejudo. Erase rechoncho, tostado de color, rapado a lo reclusa, de occipucio prominente y frente estrecha, paquidérmica naniz, labios gordos y escasos de púas, párpados pesados y ojillos pequeños de conjuntiva amarillenta... Un salvaje, un feo, un Quasimodo de la milicia, cuyo vicio era el ajedrez, diversión favorita de Castroverde.

Fumaba, además, mi hombre puro y cigarro de un hilo, y Castroverde, vicioso también, halló dos atractivos en aquella especie de batraciano y resultó que como eran vecinos, todas las noches se pasaron en familia, leyendo las muchachas un periódico que prestaba Cejudo, dormitando la señora y bregando Castroverde y su amigo por comer un "caballo" o dar jaque a la "Reina".

La señora repeló, por supuesto. ¡Vaya usted a saber qué clase de gente era el tal Cejudo!... No

era bueno meterse con todo el mundo. La educación es un abismo. . . . ¡y qué sé yo cuántas cosas más! Pero resultó que el Cejudo era un buen hombre, un poco brusco, ridículo porque quería ser amable, pero no estaba muy limado, y sin embargo, jamás se permitió ni tantito así (señalando con el pulgar un milímetro de meñique). Allá por la Cuaresma abrió la marcha de sus bondades un huachinango y varias latas.

—¡Pobre Cejudo! dijeron en coro esa vez los Castroverde.

En la noche tratósele con una ternura desconocida hasta entonces y se interesaron algo por su vida íntima.

—¿Dónde comió usted?

—Pues en la fonda (respondió con su vocerrón de caballería).

—¿Solo?

—Solo. . . .

—En estos días—dijo Emelina—ha de ser muy triste comer solo.

—¡Qué quiere usted! Como yo no tengo ni padre ni madre. . . . (Y pareciéndole impropio lo del perro que me ladre) concluyó. . . . ni padre ni madre, ¡ni nada! Sí, come uno fastidiado.

—Se hubiera usted venido.

—¡Para qué era molestarlas! . . .

—¡No, que molestia, al contrario! . . .

Debía tener dinero Cejudo. El había hablado de un rancho. Usaba buen reloj, se iba civilizando, porque vestía mejor. Era feo, pero de buen corazón.

Todas estas reflexiones se inspiraban en los hechos, porque al año la lista de los beneficios de Cejudo era bien larga.

Declaróse amigo protector de la familia, que a pesar de sus antepasados recibió un ajuar para la sala, seis colchas, dos cajas de vino, pequeños obsequios

los domingos, cortes de vestido como cuelgas, y por último, la solemne promesa de que Castroverde, gracias a su influencia, tendría empleo.

Y aquel hombre feo, al cual se trataba con desconfianza porque no había nacido de familia titulada, aquel monstruo de fealdad, aquel brusco sujeto siguió denominándose con el epíteto de ¡Pobre Cejudo!

III

—Piénsalo, Emelina, piénsalo bien. Es preciso que dejes a un lado tu carácter de muchacha y reflexiones sobre el porvenir. Tu papá no quiso decirte nada, sino que el señor Cejudo te había pedido, y me comisionó a mí para que te hiciera ver lo conveniente que sería. . . .

—No, mamá, no,—respondió la muchacha llorando a lágrima viva.

—Pues tú lo sabes. Yo sólo te sé decir que es una gente honrada desde el momento en que, ya lo estás viendo, antes de dirigirte una sola flor se ha acercado a nosotros, porque quiere portarse seriamente. Ya lo has visto, le debemos muchos favores, muchos. Deja el ajuar, deja la ropa, deja todo. El ha colocado a Castroverde, él ha prestado sabe Dios cuánto dinero. Por él tenemos casa y nuestras antiguas relaciones nos visitan. Y me lo dijo: señora, desde el momento en que yo entre a esta familia cuentan conmigo para todo, lo poco que tengo lo comparto con ustedes. . . . Díme si esa conducta no es muy bonita.

—Sí, sí, yo soy la primera en comprenderlo, le estoy muy agradecida, pero. . . .

—No, no salgas con que es feo. Mira: hay una edad, Emelina, en que no se fija uno en los muchachos bonitos y bien vestidos, porque de nada sirven.

No es lo mismo tener quince años. Entonces sí se guía uno por la figura. . . . y por el traje. . . . y. . . . pero no creas, esos no son para casarse. Más vale un hombre trabajador, honrado, no rico pero sí con lo suficiente para mantenerte. Ya lo has visto, nadie ha sido tan quisquillosa como yo para eso de mis amistades. Nunca me han gustado tratos sino con gente de mi clase. . . . Este no será de familia distinguida, pero en cambio es prudente y tiene muy buen corazón. No te digo que lo quieras luego, luego, no, señor, pero velo tratando como si fuera tu marido, y ya lo verás, tiene muchas cualidades, y que, sobre todo, ¿con qué le pagamos tanto, tanto como le debemos? Piénsalo, piénsalo.

La señora, con aquella cara doctoral que ponía en las grandes arengas, dió media vuelta y dejó a la muchacha, que con los ojos papujados y la nariz roja, se quedó mirando largamente a la alfombra (porque ya tenían alfombra), como si en ella fuera a ver la solución del problema: ¿me caso o no me caso con Cejudo?

Se casaron. Por supuesto que se habló de un hilo de aquel enlace.

—Emelina, tan chula, si parece un dulce, con ese indíazo tan ordinario.

—¿Quién había de decir que la Castroverde, tan afecta a lo decente. . . . había de rematar ¡con un soldadón!

—De veras que las mujeres escogen lo peor. Ahí está Emelina: tantos guapos que le hicieron el oso y fué a dar con Cejudo.

Cejudo no se fijaba en nada de esto, y sí ponía empeño en que progresaran sus ranchos y tierritas.

A los productos de éstas se debía que los Castroverde salieran de pobretones. La sala era otra cosa, ¡ya tenían piano!

Las amistades que encontraban ahí pasteles y lico-

res y modo de bailar con el flamante "Ronisch" dieron en improvisar reuniones los martes, en las que, por supuesto, no asomaba las narices el salvaje de Cejudo.

A la pareja Castroverde habíansele vuelto a subir los humos de distinción, y sabía pagar visitas. En ellas la familia toda se reía, charlaba, era feliz, en tanto que se hundía en un sillón un hombre de tez azás obscura, cabeza rapada, apilonado cráneo y cara de recluta. ¿Quién era? La señora de Castroverde se mortificaba por aquello de su sangre azul, vencía la petulancia a la gratitud y algo distinguido le hacía exclamar:

—¡Es el pobre de Cejudo!

Aquella conmiseración era una bajeza, la decencia sublevada inspiraba un crimen.



UN TROZO

HOJA DE ALBUM

A la Srita. Elena Padilla

I

Una vela de estearina frente a una pila de libros, que hacía las veces de velador, alumbraba débilmente la pieza. Los dorados de un muñeco de porcelana, las varillas pulidas de un marco, el barniz de un ropero, lanzaban lampos de claridad rojiza, arrancados por el parpadeo de la llama. El resto todo era sombra, de una manera indecisa se adivinaba el contorno de las cosas. La blancura de un lecho, un sombrero, un abrigo rojo y una sombrilla sobre la candida colcha, . . . y tras los visillos de una ventana, el melancólico aletear de un mechero de gas en la calle solitaria y oscura.

Cómo respondía a mi estado moral aquella pieza casi tenebrosa y aquella soledad completa, hundido en un sillón muelle, alargados los pies, cruzados los brazos y fija la vista en el parpadeo de las grandes sombras en el techo, sombras estremecidas que simulaban la inquietud de una ave de grandes alas de crepón. ¿Qué pensaba? ¿Volvía la vista a las arenas de aquella playa llena de sol, donde la onda glauca arrojaba sus espumas, sus blondas de coqueta, seguía con ansiedad la vela latina, el vuelo bajo de un pájaro marino, o ese rumor lejano que es, en plena luz, himno poderoso, y en la sombra, el sollozo inmenso de las aguas? ¿Evocaba esos inolvidables recuerdos de los padres que han muerto y en ciertas horas su memoria parece que desciende y llama a las puertas del alma? ¿Recordaba, quizá, los crepúsculos que a esa hora misma miraba ensangrentar todo un ocaso para destacar el intrincado dibujo de los campos de caña que balanceaban los altos penachos de sus flores? ¿o acaso cruzaba la callecita inolvidable, batida por la lluvia, con su farol mustio, buscaba tras la cortina, espiaba por el portón, llamaba con silbido quedo a la que dejó en mis labios la quemadura eterna de un beso y en mi corazón la imborrable cicatriz de todo lo que se arranca pedazo por pedazo? Entonces, como otras veces, después de mirar pálida la vida, todo me era indiferente. . . . (frialdad que se parece al prólogo de las enfermedades en que después devora la fiebre) y más tarde tenía anhelos de algo indefinible, de algo distraído, pero nunca saciado.

Quizá todo pasaba, quizá el espíritu vagabundo, ave y nube, hundía el ala en la onda azul del mar que era mi admiración de niño, lanzaba trinos sobre tumbas de padres nunca olvidados, se mecía en el ocaso de incandescentes horizontes, lloraba de su seno gris sobre los plúmbagos, de un patiecillo triste y

se remontaba después, ansiosa de subir siempre más alto.

El rumor lejano y sordo de los carruajes era un arrullo; fugaces conversaciones resonaban frente a mi balcón; una raya amarilla de tarde muerta destacaba su penacho de árbol, que se balanceaba desesperadamente, y el medero de gas ardía como una inquieta ala roja.

Entonces, lo recuerdo, resonaron en el silencio los primeros acordes de esa pieza melancólica cuyo nombre nunca he sabido. Quizá la debilidad de convaleciente daba a mis sensaciones una invencible tristeza. . . . y aquella música hacía surgir de mi memoria todo lo que era nebuloso y gris.

En frente habían abierto de par en par los balcones, y las notas salían, se desparramaban como una bandada de pájaros cautivos a los que se abre toda la reja de la jaula. Un espejo, una flor enorme de trapo, una mano de escultura, era cuanto podía distinguir tras las mayas del cortinaje, y en uno y otro objeto tuve fija la vista hasta que la nota final, muy queda, se perdió en el silencio dejándome una sensación de vacío; ¿por qué era tan corta aquella melodía? Al cesar, experimentaba algo como ese sentimiento vago que queda en el espíritu cuando se pierde a lo lejos un tren donde parte un amigo; la última palabra de un diálogo que provoca latidos, la frase final de una novela sin desenlace.

II

Pasó el tiempo. Estaba yo en un circo. Iba a comenzar un acto muy aplaudido por los niños, porque un niño también lo ejecutaba. Era una criatura flaca, su carita extenuada parecía de un tísico, y quizá lo estaba, movía a compasión adivinar los miem-

bros débiles tras la media de seda y la camiseta constelada de lentejuelas.

Con visible terror saltaba, hacía contorsiones, guardaba el equilibrio sobre las ancas de un caballo blanco, bajo la dura mirada de un señor adusto, de frac, que hacía tronar el fúete azuzando al corcel.

Y una música destemplada acompañaba los ejercicios, precisamente los volteos a caballo, pasatiempo para el público y que yo consideraba un verdadero martirio, tenía por acompañamiento. . . . el trozo aquel. ¡Pobre música profanada!

No pude contenerme, voltee y pregunté a un sujeto grave que me dió idea de inteligente:

—¿Usted conoce esa pieza?

—No, señor, ¡qué alegre! ¡no? Creo que. . . ¡la verdad no recuerdo!

¡Por qué oíré yo triste lo que otros juzgan alegre?

III

Primero fué un redoble de tambores lejano. Desembocó después por la bocacalle toda la chiquillería del barrio llevando paso de marcha, en seguida un carro fúmbre de última clase. Sobre el ataúd iban un kepis, una banda y una espada, y abajo dos ramilletes empolvados de magulladas flores, la tropa escoltaba el triste vagón.

Ladraban los perros, salían sin sombrero los artesanos al dintel de sus talleres, sin rebozo las hembras que murmuraban entre dientes algo y hasta las niñas de una escuela alegraban con sus cabecitas risueñas el balconcillo de una casa ruínosa. ¡Qué tristes son los entierros de los militares! Cómo oirán la madre, los hijos y la esposa, el ruido de esa gente armada que se lo lleva y esa explosión de música que sigue a la señal de la tambora y los platillos.

El carro avanza lentamente, suena la banda, los

muchachos silban el aire, y después pasa el coche de los dolientes con sus impenetrables visillos y sus cortinas negras.

Siempre me causa una impresión muy honda comparar el silencio de la muerte con el ruido de los honores de Ordenanza, y aquella tarde me invadió una profunda compasión. Aquel muerto desconocido, un patrota quizá, quizás un padre, un hermano, que todos saludaban al pasar, porque el pistón, la flauta, el octavino de notas de pájaro, parecían decir a todo el mundo:

¡Aquí va!

Aquella fué la tercera vez que oí el trozo ya de significación para mí. . . la banda lo tocaba, y siempre, siempre, más que nunca me pareció no sólo empapado en amargura sino hasta macabro.

IV

¡Cuán distinto lo escuché aquella última vez! No hablaban de melancolía más que unos ojos azules, los vuestros, que no miraban, o miraban vagamente mientras arrancábais al piano las notas de ese trozo que no puedo olvidar. Cruzaba por vuestros labios una sonrisa tan dulce que parecía que las notas mismas eran palabras, las palabras tranquilas de uno de esos relatos azules que se cuenta a los niños y a las vírgenes.

Ya no era la música presagio o epílogo de cosas tristes, sino una melodía ingenua la que brotaba de vuestros dedos.

Entonces. . . se pensaba en el oro de la mañana, en puestas de sol plácidas, en amores profundos pero serenos, en paisajes lejanos y perdidos tras la atmósfera blonda de un Abril alegre, y en algo bueno como las almas puras. ¡Era aquella música vuestra confesión? ¡Qué bien me hacía escucharla! No subía a

mi labio una frase amarga sino una palabra dulce.
 Hubiera querido tener a alguien cerca para decirle:

¿Me quieres?

Si la música tiene color, si antes era para mí negra como una elegía, entonces, entonces amanecía en aquel trozo cuyo nombre no quiero preguntar.



OTILIA Y YO

Los sábados en la tarde no había colegio y mi tía, una que otra vez, nos mandaba de visita en casa de la señora Ros: edad, cincuenta años, y estado, viuda. Desde las tres de la tarde henos aquí impacientes, bañados desde al medio día, cosidas las desgarraduras de un trajecito café, que servía para el diario, e inquisitorialmente atuzado el pelo.

Antes de salir nos aleccionaba mi tía:

—Muy quietecitos, ¿he? Nada de retozos, no griten... y cuando Teresita les hable respóndanle, no que el otro día (se dirigía a mí) parecías un indio, te mordías las uñas y parecía que te habían comido la lengua los ratones. Cuando te pregunten algo responde, no subas los pies en el palo de la silla y sácate las manos de las bolsas. Si te convidan a merendar das las gracias, y si te ruegan mucho te quedas, si no, nó... ¿Ya lo oyes? Le dices que no he podido ir, porque he estado muy ocupada, pero que